



Mirror
mirror

CARA DELEIVINGNE

CON
ROWAN COLEMAN

UNA NOVELA

CROSS
BOOKS

Mirror
mirror

**CARA
DELEIVINGNE**

CON
ROWAN COLEMAN

Traducción de Julia Alquézar y Rosa Sanz



Crossbooks

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Mirror, Mirror*

Copyright © Cara and Co Limited 2017

© de las imágenes, Shattersotck

© de la traducción, Julia Alquézar y Rosa Sanz, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17834-7

Depósito legal: B. 22.142-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Dos meses atrás...

Volvíamos a casa de madrugada, con los brazos entrelazados, arrastrando los pies; el calor del verano impregnaba la atmósfera. Rose llevaba la cabeza apoyada en mi hombro, y me rodeaba la cintura con el brazo. Recuerdo perfectamente esa sensación, el ritmo desacompañado con el que su cadera chocaba con la mía, su piel cálida y suave.

Estaban a punto de dar las cinco; la luz del día que comenzaba, indómita y dorada, hacía que cada callejuela sucia resplandeciera como si fuera nueva. Habíamos visto amanecer muchas veces al regresar a casa tras largas noches de fiesta, que estirábamos hasta que se nos cerraban los ojos de sueño. Antes de esa en concreto, la vida parecía por fin de color de rosa, como si fuera nuestra, y nosotros suyos, y llenábamos cada segundo con algo nuevo, algo que nos pareciera importante.

Sin embargo, aquella noche fue distinta.

Me dolían los ojos, tenía la boca seca y el corazón desbocado. No queríamos volver a casa, pero ¿qué otra opción nos quedaba? No teníamos ningún otro sitio adonde ir.

—¿Por qué ahora? —preguntó Rose—. Todo iba como la seda. Estaba contenta, era feliz. ¿Por qué ha tenido que pasar esto ahora?

—No es la primera vez que pasa, ¿verdad? —dijo Leo—. Por eso les da igual a los maderos. «Ya lo había hecho antes, tío», dicen. Se lleva dinero, llena la mochila de comida del frigo, coge su guitarra y desaparece durante un par de semanas. Es su *modus operandi*.

—Pero no lo había vuelto a hacer desde que empezamos con *Mirror, Mirror* —protestó Rose—. Es verdad que antes le daba por cortarse, desaparecer y toda esa mierda, pero lo dejó cuando montamos el grupo. Estaba... estábamos bien. Mejor que bien.

Me miró en busca de apoyo, y no tuve más remedio que darle la razón. Nuestra vida entera había pegado un vuelco hacía un año. Antes del grupo, cada uno estaba perdido a su manera, pero entonces sucedió algo. Juntos molábamos, éramos fuertes, duros como una piedra y la hostia en patinete. Y creímos que Naomi también se sentía así, y que no volvería a tener la necesidad de huir. Hasta la noche anterior.

Aquella noche quemamos la ciudad hasta el amanecer.

Retornamos a todos los sitios que habíamos frecuentado con ella.

A los lugares de los que les hablábamos a nuestros padres, y también a los que nos callábamos.

A las discotecas a las que no deberíamos haber podido entrar por ser demasiado jóvenes, donde hace calor y apesta a sudor y hormonas, y en las que tenemos que abrirnos paso entre una multitud jadeante de gente bailando, solo por la esperanza de verla.

Nos deslizamos entre las sombras, por callejones detrás de los bares donde podías pillar si hablabas en voz baja con chicos nerviosos de ojos oscuros que ofrecían bolsitas de hierba. Esa noche dijimos que no.

Visitamos lugares tras puertas sin letreros en los que tenías que conocer a alguien para poder entrar. Sótanos oscuros donde aún podías fumar hasta que el aire se llenaba de humo y la música estaba tan alta que te pitaban los oídos, te vibraba el pecho y el suelo temblaba rítmicamente bajo tus pies.

Fuimos a todos esos sitios y a muchos más. El parque de los bloques donde hacíamos el tonto. La ribera del río, extraña y rodeada de edificios de apartamentos de millonarios. El puente de Vauxhall, nuestro puente, el que hemos cruzado en tantas ocasiones hablando a gritos para oírnos por encima del tráfico, es tan importante que parece un colega, algo así como un testigo.

Al final nos dirigimos a la casa de apuestas abandonada que tiene la puerta trasera rota y un colchón en la trastienda, donde van algunos cuando quieren intimidar. Algunos, pero yo nunca, porque la soledad es una de las cosas que más odio en este mundo.

Las horas de la noche fueron pasando, y en ningún momento dudamos de que la encontraríamos, de que se trataba de otra de sus bromas, lo que hacía cuando se sentía triste y quería llamar la atención. Estábamos seguros de que nuestra mejor amiga y compañera de banda estaría en algún lugar que solo conocíamos nosotros. Ahí, esperando a que la encontráramos.

Y es que no se puede existir un día y desaparecer al siguiente. No tiene ningún sentido. Nadie se desvanece sin más, sin dejar rastro.

Eso era lo que nos decíamos aquella noche en la que salimos en su busca, y la siguiente, y todas hasta que nuestros padres nos dijeron que no siguiéramos, que ya volvería a casa cuando estuviera preparada. Y, como ya se había escapado muchas veces, la policía también cesó de buscarla.

Sin embargo, para nosotros era distinto, no nos parecía que fuese igual que las veces anteriores, porque ella no era la misma de aquel entonces. Pero no nos hicieron caso, con sus caras de aburrimiento y sus libretas en blanco. ¿Qué iban a saber ellos?

Así que nos dedicamos a buscar y buscar a Naomi, mientras los demás se habían rendido hacía mucho tiempo. Removimos cielo y tierra.

Pero no estaba en ningún sitio.

Solo encontrábamos los lugares en los que había estado.

1

Hoy, la vida sigue, como dice todo el mundo.

Hay que levantarse otra vez, ir a clase, volver a casa y pensar en gilipolleces como los exámenes, que están a la vuelta de la esquina. Solo nos queda «esperar, rezar y confiar», y un montón de patrañas que no paran de contarnos.

La vida sigue, pero eso es mentira, porque Naomi puso el tiempo en pausa la noche que desapareció. Pasan los días y los meses, las estaciones y todas esas mierdas, pero nada más. En realidad no pasa nada. Es como si lleváramos ocho semanas aguantando la respiración.

Hay una cosa que han dejado de decir: ya no repiten que volverá a casa cuando esté preparada. Y veo a Ashira, su hermana mayor, en el instituto, cabizbaja e impenetrable, como si no quisiera que nadie se le acercara. Y a sus padres dando vueltas por el supermercado, mirando cosas sin verlas. Aunque es Nai la que ha desaparecido, son ellos los que parecen ausentes.

Sí, es verdad que de vez en cuando le daba por fugarse para que todos fueran detrás de ella, lo hacía porque durante un tiempo pensaba que esa clase de psicodramas la ayudarían. Pero ya había pasado mucho de eso, y ya no era como

antes. Ella no querría angustiar a sus padres así, ni que Ash estuviera siempre ansiosa, a la espera de malas noticias. Nai es complicada, pero quiere a su familia, y el sentimiento es recíproco. Es como una especie de faro que nos atrae a todos, como mariposillas embelesadas por las llamas. En su familia sí que se preocupan los unos por los otros.

Naomi jamás les haría eso, y a nosotros tampoco. Pero nadie hace caso, ni la policía, ni tan siquiera su madre, porque es más fácil pensar que Nai es un zorrón sin sentimientos.

Por eso, a veces me gustaría que encontraran su cadáver de una vez.

Así de gilipollas soy. De vez en cuando desearía que estuviera muerta solo para saberlo.

Pero nada. No lo han encontrado. Y la vida sigue.

Lo que significa que hoy le hacemos una prueba a un bajista para sustituir a Naomi.

Durante un tiempo, parecía que íbamos a separarnos. El resto de Mirror, Mirror (Leo, Rose y yo) quedamos un día para ensayar y empezamos a preguntarnos si no sería mejor dejarlo, y hasta coincidimos en que era lo que habría hecho ella. Pero luego nos quedamos los tres plantados, sin movernos, sin recoger, y supimos sin que hiciera falta decirlo que no podíamos renunciar al grupo. Separarnos significaría dejar atrás lo mejor que teníamos en nuestras vidas, y sería como olvidarla a ella para siempre.

Naomi fundó el grupo, o al menos fue la que lo transformó de una mierda de ejercicio de clase en algo real, importante incluso. Gracias a ella los demás encontramos una vocación, porque a ella se le daba genial tocar. Era una bajista estupenda, pero la hostia de buena: todo el mundo flipaba al oírla tocar. Además, sabía componer unas canciones alucinantes. A mí no se me da del todo mal, y cuando tocaba con ella sonábamos de cine, pero Nai tiene algo, esa cualidad es-

pecial de coger un tema plumizo y gris y volverlo único y brillante. Antes de *Mirror, Mirror*, no sabía que tuviera ese superpoder, pero ahora sí, porque se lo dijimos. Y cuanto más se lo repetíamos, mejor tocaba. Cuando tienes un superpoder así, no tienes por qué huir...

El día que estuvimos a punto de separarnos, vino a la sala de ensayo el señor Smith, nuestro profe de música. Fue durante las vacaciones de verano, y prácticamente teníamos el instituto para nosotros gracias a él. Nos había dado permiso, y se pasó las vacaciones sentado leyendo el periódico mientras discutíamos y tocábamos. Pero esa vez entró y esperó a que dejáramos de hablar y lo mirásemos, y entonces me di cuenta de lo cambiado que estaba. El señor Smith es una de esas personas arrolladoras, pero no solo porque sea alto y esté fuerte, como si hiciera pesas y tal. También es por su personalidad; le gusta la vida, le gustamos nosotros, sus alumnos, y eso no es muy común. Con él te dan ganas de hacer cosas, te anima a aprender, y todo se debe a esa energía que no suele verse a menudo en los adultos. Es como si todo le importara de verdad.

Sin embargo, ese día parecía desalentado, como si su carácter y las buenas vibraciones que siempre transmitía se hubieran evaporado. Resultaba aterrador verlo así, porque siempre se mostraba muy entero. Además, me conmovió de un modo que no puedo explicar; hizo que me cayera aún mejor. Significaba mucho que se preocupara tanto por la desaparición de Nai, que le importara de verdad. Aparte de su familia y de nosotros, parecía ser una de las pocas personas que se preocupaban por ella.

Y no sé qué les pareció a los demás, pero cuando lo vi ese día, quise ayudarlo tanto como sabía que él quería ayudarnos a nosotros.

—¿En serio estáis pensando en separaros? —preguntó.

Nos miramos, y durante un segundo nos sentimos como antes de ser amigos, raros y solos, y la idea de volver atrás nos pareció espeluznante.

—Ya no es lo mismo sin ella —le argumenté.

Él se pasó una mano por el pelo, levantando sus mechones rubios.

—Os entiendo. Pero os arrepentiréis si os separáis ahora, os lo aseguro. Estoy muy orgulloso de los cuatro..., bueno, de los tres, y de todo lo que hacéis juntos. No quiero que lo perdáis, ni por vosotros, ni por Nai. Ahora mismo no podéis hacer mucho por ella, pero sí que deberíais conseguir que nadie la olvide hasta que vuelva. Para que no dejen de buscarla. Se me ha ocurrido una idea. Podemos organizar un concierto en el instituto con el que recaudar fondos para ayudar a su familia a seguir con la búsqueda, para que su nombre le siga sonando a la gente. Hacer que todo el mundo nos mire, bueno, a vosotros, y vea cuánto nos importa Naomi. Eso es lo que pretendo, chicos, pero no puedo hacerlo sin vosotros. ¿Os apuntáis?

Y sí, por supuesto que le dijimos que nos apuntábamos. Era lo único que se nos ocurría.

Y seguimos ensayando todo el verano los tres, pero la fecha del concierto se acercaba, y entonces nos dimos cuenta de que teníamos que buscar un nuevo bajista. Vaya una mierda.

Naomi era... es... la mejor bajista con la que he tocado, cosa rara porque es una chica, y las tías no suelen ser tan buenas. No es sexista, sino un hecho. Para tocar bien el bajo hace falta estar muy dispuesto a ser invisible, y a las chicas —bueno, a las normales— les gusta que las miren.

Pero hoy debo seguir adelante. Tengo que espabilarme.

Salgo a rastras de la cama y miro el montón de ropa arrugada que hay en el suelo.

Para Leo es fácil, es el típico tío que sale de la cama y está guapísimo.

Cuando levanta su guitarra parece un dios, y las chicas lo adoran. La verdad es que no me parece justo que un chico pueda tener tanta seguridad en sí mismo a los dieciséis, como si de la noche a la mañana se hubiera convertido en todo un hombre: alto, musculado y con la voz profunda.

Yo, por el contrario, sigo aún en una fase extraña, vivo en ella o, más bien, soy esa extraña fase. Si hubiera un emoticono para describirla, sería mi cara. De hecho, he aceptado que seguiré igual cuando tenga cuarenta y cinco años y esté a punto de morir.

Quiero parecer guay como Leo, aunque me resulte imposible verme igual de genial con una camiseta blanca lisa, vaqueros, sudadera y zapatillas blancas inmaculadas. En realidad ser guay está fuera de mi mano, aparte de lo que se me contagie por ser colega de Leo.

Rose también está radiante, pero porque es preciosa, y no tiene ni que molestarse siquiera para serlo. Lleva mechass californianas rubias en el pelo castaño oscuro; no está tan delgada como otras chicas, pero sus tetas y sus caderas tienen hipnotizados a todos los tíos del instituto Thames.

Eso no es todo: también se pone un kilo de maquillaje, a pesar de estar más guapa sin él. Tal vez lo haga por eso. Se peina hacia atrás y se hace agujeros en las medias a propósito. Rose sabe lo que le queda bien, y, cuando se aplica, carga el aire de electricidad estática y detona millones de pequeñas bombas a su paso.

Otras chicas tratan de imitarla, pero no hay muchas como ella. Juro por Dios que es la única tía que conozco a la que todo le importa una mierda.

Y cuando canta... las paredes vibran. La envidia se desata. Las erecciones se multiplican.

De los cuatro miembros de nuestra magnífica familia de inadaptados, Naomi era... es la que más se parece a mí. Si Leo y Rose son de los que se la trae al paio esa mierda de la popularidad, Nai y yo somos la realeza de los frikis.

Ella, con sus gafas de montura gruesa que le cubren la cara con forma de corazón y ocultan sus dulces ojos marrones. Sus camisas abrochadas hasta el último botón y sus faldas plisadas más largas que las de nadie. Sus zapatos cómodos, bien atados y lustrosos. En el fondo, su descoordinación deliberada y sus excentricidades son toda una declaración de principios, una muestra de originalidad sin concesiones.

Naomi y yo íbamos a veces a la biblioteca durante el recreo y no hacíamos otra cosa que sentarnos a leer, inmóviles y en silencio. Eran momentos de serenidad absoluta. Entonces pasaba por delante algún fulano pretencioso y Nai me miraba por encima de su libro y enarcaba una ceja. Éramos dos superfrikis que irónicamente habían llegado hasta los primeros puestos de la carrera por la popularidad.

Y cuando se ponía al bajo... Madre mía, jamás había oído a nadie que tocara tan de puta madre. Conmigo a la batería, llevábamos el ritmo del grupo y le dábamos el rollo especial que busca cualquiera que se sube a un escenario.

Paso de pensar en lo que voy a ponerme, así que a tomar por culo: camisa a cuadros, vaqueros, camiseta blanca debajo; mi uniforme habitual. Rollo leñador, como lo llama Rose.

Por lo menos ya no tengo que preocuparme por el pelo, porque me lo he rapado casi todo.

Zanahoria.

Panocha.

Pelo polla.

Son cosas que me han llamado por tener el pelo rojo y

además rizado. Según me dice Rose, podría arreglámelo. Se muere de ganas por echarme algún producto para alisarlo, pero yo me niego. Y se ofrece a teñírmelo de negro cada tres días más o menos, pero también paso. Tengo el pelo rojo. El mundo tendrá que aceptarlo.

Además, si tuviera el pelo negro, no podrían seguir llamándome Red, y mi apodo es lo único chulo que tengo.

Lo que hice fue cortármelo mucho el día antes de que Nai desapareciera. No se lo dije a nadie, fui a la peluquería y le pedí que me rapara por los lados, pero que me lo dejase largo por arriba, lo bastante para que me cayera sobre los ojos y rebotara y se agitase cuando me siento a la batería. Mi madre se tiró una hora entera echándome la bronca cuando lo vio. Y no es broma: dijo que parecía que acabara de salir de una cárcel de máxima seguridad.

Cuando mi padre regresó a casa tras pasar toda la noche en una de sus «reuniones del Ayuntamiento», ella se puso a reñirlo porque no me dijo nada.

Fue peor cuando me perforé la oreja cuatro veces, así que desde entonces no me molesto en contarles las cosas que hago para sentirme yo. No me compensan las chapas que me dan.

Ya me había dado cuenta hacía mucho tiempo de que mis padres no me iban a salvar, curar ni ayudar. Están los dos tan absortos en su propia autodestrucción que mi hermanita Gracie y yo somos poco más que daños colaterales. Lo creas o no, una vez que fui consciente de eso, mi vida se volvió mucho más sencilla.

Claro que me cuesta obviar que mi madre me odia y mi padre es un cerdo, pero lo intento con todas mis fuerzas.



Mirror, Mirror Lyrics

¿Adónde se fue?

El sol brillaba a su paso,
su sonrisa irradiaba poder.
Nunca se arrepintió de nada,
pero solo se quedó un rato.

¿Adónde se fue la chica que quiero?
¿Adónde se fue la chica que anhelo?
Adonde se fue no puedo encontrarla.
Pero la seguiré buscando, seguiré buscando...

Hasta el final.